

Memoria (s), Dictadura y vivienda social: testimonios de residentes en mega conjunto habitacional Soldati

Cristina Inés Bettanin¹

Resumen:

En la ciudad de Buenos Aires asistimos a recurrentes modos de expresión pública del conflicto por el orden urbano. La existencia de zonas de asentamientos informales, entre otras formas de expresión, han hecho público un tema sin resolver: la cuestión del acceso a la vivienda digna, en el marco del cumplimiento del derecho a la ciudad.

En este artículo se analizan los testimonios de los residentes de conjuntos urbanos, ex habitantes de la Villa 31, acerca de la experiencia de relocalización en el marco de gobiernos autoritarios en los años 70' y de habitar en un conjunto urbano. La problemática se enmarca en el campo de los estudios urbanos y de memoria colectiva y se opta por la estrategia metodológica de tipo cualitativa.

Palabras clave: Testimonios, memoria colectiva, vivienda social.

Resum:

A la ciutat de Buenos Aires assistim a recurrents maneres d'expressió pública del conflicte. L'existència de zones d'assentaments informals, entre d'altres formes d'expressió i protesta, han fet públic un tema sense resoldre: la qüestió de l'accés a l'habitatge digne, en el marc del compliment del dret a la ciutat.

¹ Becaria posdoctoral CONICET/UNDAV. Profesora investigadora de la Universidad Nacional de Avellaneda y de la Universidad de Buenos Aires. Licenciada en Trabajo Social y Doctora de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Sociales. Actualmente es Becaria posdoctoral por el CONICET/UNDAV.

Se desempeña como Profesora Adjunta en la materia de Metodología de la Investigación en la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV) y como docente y miembro del Área de Estudios Urbanos del Instituto de Investigaciones Gino Germani, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Email: titibetta@gmail

El artículo presentado se basa en la Tesis de Doctorado "Memoria (s), Dictadura y Vivienda Social: Vecinos relocalizados en Conjunto Habitacional Soldati", cuya directora fue Mercedes Di Virgillio y que fue defendida en el año 2014.

En aquest article s'analitzen els testimoniatges dels residents de conjunts urbans, ex habitants de la Vila 31, sobre l'experiència de relocalización en el marc de governs autoritaris en els anys 70' i d'habitar en un conjunt urbà. La problemàtica s'emmarca en el camp dels estudis urbans i de memòria col·lectiva i s'opta per l'estratègia metodològica de tipus qualitativa.

Paraules clau: Testimoniatges, memòria col·lectiva, habitatge social

Abstract:

In Buenos Aires city we attend to recurrent ways of public expression about conflict on urban order. The existence of wide zones of informal establishments has shown many unresolved subjects: the problem about the access to decent housing, within the scheme of the fulfillment of living the city. In this article the testimonies of the residents of urban sets, ex- inhabitants of Villa 31, are analyzed about the experience of relocalization of them within the project of authoritarian governments in '70 and living in urban sets. The problematic is based in the theoretical frame of urban studies and collective memory. Methodologic strategy of qualitative type was chosen for this work.

Keywords: Testimonies, collective memory, social houses.

Introducción

En la ciudad de Buenos Aires asistimos a recurrentes modos de expresión pública del conflicto por el orden urbano. Los resultados de procesos sociales e históricos, donde confluyeron el accionar del Estado, la iniciativa del sector privado y el comportamiento de la sociedad civil, han dado cuenta de un tema sin resolver: la cuestión del acceso a la vivienda digna, en el marco del cumplimiento del derecho a la ciudad.

Un aspecto de esta problemática es la existencia de amplias zonas de asentamientos informales, conocidos también como villas de emergencia, además de las miles de familias que habitan en hoteles, inquilinatos, pensiones y en situación de calle. Se estima que en los últimos cinco años la población en villas de emergencia en la ciudad creció un 40%.

Una de las villas más emblemáticas de la Ciudad es la Villa 31, conocida también como Villa Retiro. Con una población calculada en 40.000 habitantes y una historia caracterizada por lucha y resistencia a los intentos gubernamentales de desalojarla, Villa 31 es hoy un reflejo de la desigualdad persistente en la ciudad.

Es que fue de las pocas villas que resistieron los desalojos compulsivos del gobierno de facto (1976-1983) bajo el Plan de Erradicación de Villas de Emergencia (PEVE), que consistió fundamentalmente en expulsar de la ciudad a alrededor de 200.000 habitantes de las villas de emergencia de la ciudad o del centro de ésta. Debido a sus altos niveles de organización social, algunos pocos habitantes resistieron y la Villa 31 volvió a poblarse con el retorno de la democracia (Blaustein, 2000). Desde esos años hasta el presente ningún plan de gobierno pudo desalojar la villa, pero tampoco urbanizarla.

Una de las disputas que se genera en los sectores populares es la conservación del espacio centro de la ciudad y, con ésta, el acceso a los beneficios y posibilidades que permite la cercanía al equipamiento urbano y fuentes de trabajo. Si bien la normativa vigente exige al gobierno que urbanice la Villa, es decir, que no se traslade a los residentes y, por el contrario se urbanice definitivamente, hace años que no se halla una solución al problema y las iniciativas fracasan sucesivamente.

Es decir, la ubicación central que tiene la villa, actúa como elemento complejizador de los intentos de solución. Por un lado, los gobiernos quieren retener el derecho de esas tierras por su alta renta y no se gestionan seriamente la posibilidad de urbanizar la villa. Por otro, los vecinos resisten en sus casillas y no aceptan las políticas de reubicación, generalmente caracterizadas por una indemnización que poco soluciona el problema habitacional.

Mientras que otras villas también crecieron con el retorno de la democracia, pero se fueron urbanizando, aunque sea de manera parcial, Villa 31 fue creciendo en densidad poblacional, en altura y en extensión²: “El proceso de crecimiento de las villas 31 y 31 bis no se detiene. Ambas sumaron un nuevo asentamiento, el San Martín, a metros de la terminal de ómnibus de Retiro. En ese espacio ya hay instaladas 3500 nuevas familias, y las construcciones superan el cuarto piso”, señalaba el diario La Nación en enero de 2015. Entre otros argumentos, el mismo diario destacaba la ubicación estratégica de la Villa respecto de otras y aportaba la declaración de Marina Klemensiewicz, titular de la Secretaría de Hábitat e Inclusión Porteña (Sechi), quien afirmaba: “puede decirse que entre 2010 y 2013 las villas no han crecido de la misma manera. Por ejemplo, la villa 31 es un negocio inmobiliario, está ubicada en el lugar más caro y más estratégico de la ciudad” (La Nación, 06-01-2014).

Durante el año 2014 hubo diversos conflictos vinculados con la acción vecinal de los habitantes de la Villa 31, y con problemáticas sociales y habitacionales que tomaron carácter público. Entre ellas se destacan denuncias por mafias internas, tomas de la autopista Illia por los vecinos para reclamar suministro de energía eléctrica, denuncias por incumplimiento de leyes de urbanización, entre otras.

En este marco, la protesta más aguda y con una alta visibilidad pública de los vecinos y organizaciones de la Villa 31 se produjo a partir del mes de abril de 2014. Fue el “acampe” de residentes de villas de la ciudad en la Plaza de La República, donde se encuentra el Obelisco, monumento histórico y emblemático del centro de Buenos Aires. El motivo fue exigir al gobierno de la Ciudad, a Mauricio Macri, que concrete los planes de urbanización pendientes. El acampe fue acompañado de huelga de hambre por parte de algunos residentes de villas hasta tanto el gobierno no canalizara las demandas. Ellos iban rotando los días, cada cinco días cambiaban los huelguistas. La iniciativa

² Hacia finales de los años 90 se conformó la Villa 31 bis y en el año 2010 el barrio San Martín. Ambos limitando con la zona de la villa histórica. Según el censo nacional de 2009, habitan en la Villa 31 29.000 habitantes. Se calcula que en estos últimos años su crecimiento arroja un total de 40.000.

fue recibiendo apoyo de organizaciones políticas, y otros sectores de la sociedad.

Integrantes de la Corriente Villera Independiente difundieron un comunicado en el que exigen que la Ciudad declare la emergencia "habitacional, socio-ambiental, socio-sanitaria y socio-educativa en las villas", además de reclamar la urbanización de los barrios, una auditoría de las cooperativas y empresas que trabajan en las villas, la regulación de alquileres y subsidios habitacionales y que no se "criminalice la pobreza" (La Nación, 22-04-2014).

Esta medida, anunciada en principio por 15 días, duró 54 días. A la carpa inicial se sumaron casillas, que permitieron alojar a más de 80 personas que iban rotando. A días de la protesta, Simona, residente de la Villa 31, mientras invitaba a los que pasaban a firmar un petitorio expresaba: "Nos dicen que van a hacer esta obra y la otra, pero es mentira. Por eso decimos basta. Estamos podridos de que se inunde el barrio cada vez que llueve y nuestros chicos enfermen" (Vecinos y Comunas, 01-05-2014).

La decisión de levantar el acampe fue tomada a partir de un acuerdo logrado con el gobierno local: "El gobierno porteño se comprometió a avanzar con la instalación de servicios públicos, a conformar una mesa de diálogo permanente y a destinar ambulancias especialmente para emergencias que se produzcan en las villas" (elbarriopueyrredón, 14-06-2014).

Consideramos que este conflicto, que persiste y se hace visible recurrentemente en el espacio público en la actualidad, evidencia el fracaso de políticas anteriores, pero también las disputas en cuando a mantener la centralidad y el lugar propio entre el Estado y los residentes. En ese sentido, la historia no es novedosa.

En esta oportunidad exponemos los resultados de la dimensión del recuerdo individual de los residentes de conjuntos urbanos, y ex habitantes de la Villa 31 acerca de la experiencia de relocalización en el marco de gobiernos autoritarios en los años 70' y de habitar en un conjunto urbano.

Comenzaremos contextualizando las políticas urbanas y habitacionales que promovieron la construcción de conjuntos trama como solución habitacional para el "problema de las villas de emergencia". Situamos en qué consistió la

modalidad autoritaria que implementó el Estado, como respuesta al alto nivel de organización y movilización social del contexto.

Presentaremos brevemente lo que representa en la actualidad el conjunto urbano, para luego detenernos en los modos del recuerdo individual sobre la experiencia de relocalización forzosa que atravesó el grupo de residentes actuales del conjunto. De ese modo, exponemos el análisis de los relatos de aquellos que fueron relocalizados en el Conjunto Habitacional Soldati (desde ahora CHS) bajo de políticas autoritarias en el marco previo y de dictadura militar argentina en la década de 70'.

A partir de entrevistas en profundidad y de lo que fue emergiendo en nuestro trabajo de campo, se analizan las dimensiones de esa experiencia (Guber, 1991) y se diferencian tres temporalidades que permiten dar luz a la diversidad en la experiencia: los años vividos en la Villa 31 (previos a mudarse al barrio); los primeros años en el CHS; y, por último, los años a partir del 30º aniversario del golpe de Estado. De ese modo, el recuerdo de la vida cotidiana en la villa, los primeros años de habitar el conjunto urbano, el golpe de Estado, entre otras, son aspectos que marcan los modos de habitar el presente y que vinculan la experiencia traumática de la relocalización forzosa. Hacia esas marcas iremos en nuestro análisis. Para finalizar, expondremos las consideraciones finales.

1. El abordaje de memorias subterráneas

La problemática que aborda este trabajo se refiere a los modos del recuerdo de una experiencia vinculada al habitar y atravesada por la violencia estatal. Indaga en las marcas de las experiencias previas y de dicha violencia en los testimonios que construyen los residentes desde el recuerdo individual. A partir de identificar procesos de apropiación negativa del espacio barrial (Bettanin, 2013), de un conjunto urbano que es exponente de soluciones habitacionales implementada por el Estado, con una alta conflictividad social en la actualidad, nos preguntamos:

¿Cómo recuerdan los residentes el momento de acceso a su vivienda propia situada en el CHS? ¿Qué imagen tienen de ellos mismos participando en el acceso a su vivienda propia? ¿Qué valores se expresan en relación con el proceso de cambio de condiciones de habitabilidad? Entendemos que esas representaciones nos remiten hacia las marcas de la política autoritaria, en torno a las preguntas: ¿Qué otros sentidos se pueden asociar al de sentirse “depositado” en un espacio barrial? ¿Cuáles son las acciones represivas, fundantes de una historicidad barrial, que se pueden reconstruir desde el presente? ¿De qué manera el silenciamiento social atravesó la posibilidad de transmitir la experiencia de las relocalizaciones en este grupo de vecinos?

Reflexionamos, por último, en los modos en que los residentes construyen en el presente ese recuerdo, cómo representan concretamente los traslados compulsivos de vivienda: ¿Habría sido una experiencia de violencia significativa para este grupo de familias o simplemente esos maltratos fueron vividos como una forma más de discriminación y vulneración de derechos?

A fin de aproximarnos a los sentidos que adquiere el recuerdo individual acerca de una experiencia atravesada por la violencia política y la metodología del terrorismo de Estado, nos basamos en metodologías cualitativas. En ese marco, la técnica principal de recolección de datos fue la entrevista cualitativa basada en la intersubjetividad (Navarro, 2009) y una actitud abierta en la escucha (Taylor y Bogdan, 1986) que nos permitió adentrarnos en recuerdos que en la mayoría de los casos entrevistados fueron la primera vez que salían a la luz. Esto último nos permitió reflexionar y analizar la dinámica del abordaje de estas memorias, revisar nuestro accionar, nuestros pre-conceptos, captar obstáculos y silencios, así como reflexionar sobre el contexto político y cómo éste atravesaba nuestro proceso de trabajo.

Consideramos a los residentes que entrevistamos en una doble dimensión: como destinatarios y a la vez testigos de las políticas autoritarias. Dado el nivel de violencia descrito en su implementación, así como lo inesperado del conjunto de acciones de carácter estatal que la definió, la experiencia de relocalización en el CHS es la que habilita la dimensión del testigo. Siguiendo a Agamben (2000) la condición de testigo involucra al que ha transitado por una

determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está en condiciones de ofrecer un testimonio sobre lo sucedido. Felman (1995) advierte que todo testimonio señala un evento y una experiencia, que es a la vez histórica y clínica. En este sentido, entendemos que la experiencia común, compartida por este grupo de vecinos y que les permite la posibilidad del recuerdo e identificación identitaria, es el haber sido testigos del conjunto de los traslados, las quemaduras de viviendas, las demoliciones, las desapariciones, los cambios en el entorno barrial a partir de las políticas urbanas implementadas en ese contexto. La calificamos como una experiencia extrema, “situación límite”, que quiebra el sentido del orden de cualquier experiencia “normal”, para la cual los sujetos no habían sido preparados ni socializados y que permite analizar elementos de la memoria y la identidad (Pollak, 2002). La relación entre estos dos elementos es de mutua constitución en la subjetividad, ya que la posibilidad de recordar y rememorar aspectos del pasado es lo que sostiene la construcción de identidad.

Así, en el proceso de narrar una experiencia, de expresar sus recuerdos, sus sentires, sus anhelos, se recupera y reconstruye el sentido de ese pasado y su identidad: “Primero vivimos, luego narramos, bajo las múltiples formas que puede adoptar esa narración” (Arfuch, 2004, s/p). Las narrativas son individuales, pero necesariamente construidas junto a otro, trazan el umbral incierto entre lo público y lo privado (Arfuch, 2002) y se vuelven testimonio, a medida que pasan a un plano más público.

2. El Conjunto Habitacional Soldati. Solución para el “problema de las villas” en un contexto autoritario

A partir de los años 30 se conformaron asentamientos informales llamados villa de emergencia, debido al crecimiento de las ciudades y a la falta de soluciones habitacionales. Desde el Estado se ensayaron diversas políticas de vivienda, con un alto grado de ineficiencia y caracterizadas por una perspectiva erradicadora, es decir, que consistió en trasladar a los pobladores de un lugar a otro sin respetar su inserción e identificación con el lugar y su derecho a habitar

espacios centrales de la ciudad o en la ciudad misma (Ratier, 1972; Ziccardi, 1984; Yujnovsky, 1984; Oszlak, 1984; Blaustein, 2000).

En la década del 70', las disputas en torno a este tema estuvieron en el plano público por el alto grado de organización política y social de los pobladores de las villas, que pudieron en este período articular sus demandas con otras organizaciones sociales y religiosas ampliamente movilizadas como sindicatos, el movimiento de sacerdotes para el tercer mundo y organizaciones políticas³. Las organizaciones villeras luchaban por obtener vivienda digna urbanizando las villas, y el gobierno les ofrecía erradicar las villas y soluciones habitacionales alejadas del centro de la ciudad⁴.

Es así que durante los años previos y de dictadura la CABA se convirtió en la arena para materializar las representaciones de lo público, en este caso, el conflicto sobre el derecho a la forma urbana y su uso. En principio, la disputa se dio en el nivel discursivo: una ciudad "limpia", "sana", "verde", para "quien se la merece". Esta es la principal tensión y el presupuesto ideológico que guió las intervenciones de carácter público como el Plan de Erradicación de Villas de Emergencia (PEVE). Lo significativo de esa experiencia fue que la manera en la que se vinculó con esta nueva forma de gobierno. La relación entre política social y contexto autoritario podemos sintetizarla con las palabras del autor:

...en la medida en que alteraban-real o potencialmente-su localización espacial, estas políticas afectaban a estos sectores populares, no ya como asalariados organizados ni como fuerza política con peso propio y capacidad organizativa, sino como sujetos atomizados del mercado de vivienda (...) sectores sobre los cuales resultaba posible ejercer ciertas formas de violencia sin temer su reacción (..) En consecuencia, viejos proyectos, que en otro contexto jamás hubieran tenido

³ El contexto internacional y particularmente el latinoamericano se caracterizaron en esos años por cambios profundos. En el plano ideológico, la construcción y difusión de teorías que apelaban al cambio como la teoría de la dependencia (1969) y la teología de la liberación (de larga construcción, pero difundida a partir de los años 1960) se vincularon con acontecimientos como el proceso de descolonización de los países de África, la Revolución Cubana (1959) y el Mayo Francés (1969). Todo esto influyó y marcó un contexto en una nueva forma de pensar la política que se concretó en una amplia movilización social y de resistencia a los regímenes autoritarios.

⁴ Aún así, los planes de vivienda no eran confiables por experiencias anteriores plagadas de promesas incumplidas y planes sin ejecutar en su totalidad.

oportunidad alguna de ejecución, porque habrían antagonizado frontalmente a los sectores sociales blanco de sus designios, podían ahora ser desempolvados, remozados y aplicados con la prepotencia y la inescrupulosidad de quien monopoliza el poder y cree en la impunidad de sus acciones. (Oszlak, 1991, 30).

En ese marco, la construcción del CHS estuvo orientada hacia la solución habitacional de 3.200 familias. Emergió como respuesta a estas demandas y se basó en el paradigma modernista, orientado a regular los comportamientos sociales a partir de la vivienda colectiva y la gestión de múltiples espacios comunes⁵.

La primera etapa de traslado de población desde las villas al CHS había comenzado previo al golpe de Estado, el 20 de marzo de 1974. Comprendió a las primeras 369 familias de la Villa 31, de Retiro y luego en 1975 se continuó el proceso con los pobladores de la villa ubicada en el Bajo Belgrano (Yujnovsky, 1984). Los edificios recién inaugurados que podían recibir a las familias se ubicaron en el Sector N° 32, próximo a la entrada del complejo por Mariano Acosta y que constituyó junto con los otros tres (el 29, el 30 y el 31), los llamados “sectores bajos” de edificios de tres tiras. Fue allí donde se ubicaron los primeros residentes. A partir de la dictadura y el PEVE continuaron los traslados con metodología más violenta y con poco cumplimiento del plan en términos de respetar a los legítimos beneficiarios de las viviendas⁶.

⁵ Para ampliar información sobre este tema ver Liernur, J. F. y Aliata F. (2004): Diccionario de Arquitectura en la Argentina.

⁶ Esta política pudo realizarse dada la censura que imperaba en los medios masivos de comunicación y, su consecuente, tratamiento del tema. La gestión municipal se presentó como exitosa, eficiente, rápida, encaminada hacia el progreso de la ciudad, constituyendo una acción propagandística propia del contexto.

Imagen 1. Relocalizaciones de grupos familiares en el Conjunto Habitacional Soldati.



Fuente: Archivo de la Biblioteca Nacional

Luego de 30 años de la construcción del CHS, asistimos a un profundo deterioro de la realidad barrial. En el año 2000 la legislatura porteña sancionó la Ley 623/841 que declaró al CHS en “emergencia edilicia y ambiental” y abrió camino a la intervención estatal para reparar y mejorar el entorno urbano y social.

El proceso de degradación de conjuntos urbanos tuvo su vinculación con los cambios estructurales de sociedad argentina en el marco de la imposición del modelo neoliberal. De ese modo, se fue constituyendo por la conjunción de problemas generados a partir del impacto local del proceso de globalización neoliberal (Burgess, 2009), las transformaciones en la trama social del país a partir del proceso de des-industrialización y reforma del Estado y, en un plano más específico, la relación entre el problema de la sustentabilidad del hábitat y las disposiciones físicas propias de la modalidad conjunto-trama.

Imagen 2: Conjunto Habitacional Soldati

Fuente: archivo personal, 2010

La impronta de la dictadura, además de desarticular el tejido social de este grupo de vecinos, tuvo su correlato en la instauración de políticas macroeconómicas que se confluyeron en la orientación neoliberal en el contexto de la de globalización. La bibliografía especializada da cuenta de los impactos territoriales de estos procesos en tanto acentuación de la desigualdad, tales como el aislamiento de los pobres urbanos (Katzman, 2001), la consolidación de zonas desarrolladas en función del capital internacional (Sassen, 1998), en detrimento de zonas históricamente industriales, pero empobrecidas a partir de los procesos de desindustrialización. El barrio de Villa Soldati, junto a otros barrios de la zona sur, no fue recalificado debido a la

existencia de un parque altísimo de vivienda social y villas de emergencias repobladas a partir de la vuelta de la democracia, entre otras características. En fin, se considera a los barrios que se ubican en esta zona sur como barrios que aún están en proceso de urbanización o urbanizados por partes (Herzer, 2011). Uno de los principales efectos de esto dentro del CHS fue la consolidación de barreras simbólicas en su constitución como espacio de la nueva marginalidad urbana o como una zona roja (Girola, 2005), caracterizada por la fijación de estigmas territoriales. Otra de las consecuencias a nivel micro de estos procesos fue el deterioro edilicio y ambiental del CHS urbano. Una tendencia que también involucró a otros conjuntos habitacionales de la CABA y que llevó a sus vecinos y a sus organizaciones a promover acciones de demanda hacia el Estado⁷.

2. De olvidos y omisiones. La voluntad de hablar y silenciar

En el marco de nuestra investigación, nos centramos en el grupo de vecinos que habita el Sector 32 del CHS⁸. Fue el primer Sector que se construyó, de modo que los residentes que aún continúan viviendo allí fueron los primeros en ser relocalizados de la Villa 31.

Sin embargo, en la actualidad los residentes accedieron a la vivienda de diversos modos, aunque menor que la que señala Girola (2009) con respecto a todo el CHS urbano. Esta diversidad fue producida mediante sucesivas políticas habitacionales a lo largo de años y expresada por los residentes con la ideas de “mezcla”, “gente de todos lados”, “acá hay de todo”.

En el interior del Sector 32, si vinculamos las variables formas de acceso a la vivienda (¿Cómo accedió usted a la vivienda?) y año en que llegó al barrio,

⁷ Como resultado de esto, se evidenció los graves problemas de los conjuntos urbanos en el espacio público. Fue un conjunto de leyes que, a partir de reconocer el deterioro y la degradación de estos enclaves, fortaleció el derecho de los vecinos a mejorar y habitar dignamente su hábitat. Específicamente, la ley 623/841 del CHS, promulgada en el año 2000, había sido el resultado de ese proceso local. Ésta había reconocido el estado de emergencia edilicia y ambiental del CHS y establecido un plan de acción para su rehabilitación, donde se contempló la dimensión social del problema a partir de haber establecido la obligatoriedad de la regulación dominial y de la organización consorcial.

⁸ El CHS comprende cuatro sectores de 320 viviendas bajas, distribuidos en los bordes y en el centro varias torres de viviendas de hasta once pisos de altura. Esto simula la distribución a escala de ciudad del centro alto y la periferia caracterizada por casas bajas.

podemos establecer otros grupos, delimitados por el hecho de haber accedido a la vivienda en período democrático o dictadura y, a la vez, mediante una política pública o acceso privado.

De acuerdo con la tabla 1, el primer grupo se conforma con aquellos que accedieron a la vivienda, en democracia, en forma privada (alquiler compra-venta, préstamo, o por herencia familiar). El segundo corresponde a los que accedieron en período democrático, pero mediante políticas públicas de vivienda, como Plan Alborada, en el caso de los primeros residentes del CHS, y Créditos individuales, ley 341, para aquellos que residen desde el año 2003 en adelante. El tercer grupo de vecinos corresponde al período de dictadura, y se conforma por la experiencia de erradicación (PEVE) y de desalojo forzado por la construcción de la autopista.

Esta diversidad nos permitió, en un primer momento de trabajo caracterizado por la aplicación de un cuestionario semi-estructurado, advertir dificultades en la trasmisión de la experiencia de relocalización.

En este sentido, nos dimos cuenta que los vecinos que fueron trasladados forzosamente en el marco de la dictadura miliar no había enunciado al sujeto responsable de dicha política. Es decir, en el relato de cómo llegaron a su vivienda frente a un otro, se ocultó al Estado en su dimensión de actor.

Tabla 1. Representaciones sobre el acceso a la vivienda y forma de acceso. Según residentes CHS, 2005

Acceso en forma particular (período democrático 1983-2005)	Plan Alborada y ley 341 (período democrático 1974-1976 y 2003-2005)	Relocalización compulsiva en el marco del PEVE (período de dictadura: 1976-1979)
"Se lo alquilo a un vecino"	"Fui adjudicado con Perón"	"Nos trajeron"
"Me quedó de mi papá, y solo pago los gastos"	"Nos anotamos en la CMV y nos adjudicaron"	"Nos trasladaron"
"Me lo presta el dueño. Hasta que consiga otra cosa"	"Nos acercamos a la CMV y comenzamos a pagar"	"Me lo adjudicaron"
"Alquilo a un amigo, sin contrato"	"Por la municipalidad"	"Nos trajeron de la villa"
"Alquilo, y el dueño paga las cuotas"	"El Instituto me dio el crédito"	"Me depositaron en el barrio, y luego me dieron el préstamo"
"Era de mi tío"		"Cuando ensancharon la 9 de Julio"
"Es de mi viejo"		"Cuando nos desalojaron"

Fuente: elaboración propia sobre la base del relevamiento del Sector 32

A partir de estos resultados, identificamos que los residentes que llegaron al barrio bajo las políticas autoritarias de relocalización son quienes expresan haber sido “depositados”, “desalojados”, “abandonados” en el CHS, hace alrededor de treinta y cinco años. Además de la referencia negativa hacia la acción estatal del traslado, evaluada a partir del resultado histórico de esa mudanza (ya podemos pensar, además, del deterioro barrial y de la responsabilidad del Estado en ese proceso), visualizamos la dificultad por parte de este grupo de vecinos para identificar con nombre, de nominar, al sujeto responsable de su traslado. Curiosamente el Estado, que había permanecido tan presente en los operativos de erradicación y luego en el control represivo del CHS, es omitido en tanto responsable de esas políticas por parte de este grupo de vecinos.

Apreciando los aportes sobre memoria y testimonio, entendemos que las omisiones del sujeto responsable no constituyen simples olvidos. En cambio, nos hablan de formas de gestionar la identidad frente a otro. Nos remiten a la dificultad de hacer públicos fácilmente aspectos de un recuerdo construido a lo largo del tiempo. Ese “olvido” lo situamos como resultado de los límites del formato de la entrevista estructurada, que condiciona la construcción del relato libre por parte del entrevistado, pero especialmente se lo vincula a procesos sociales históricos que condujeron a que estas voces hayan sido menos escuchadas.

En ese sentido podemos hablar de olvidos evasivos, ya que implican y se entroncan con la voluntad de silenciar una experiencia o acontecimiento traumáticos, por lo doloroso del recuerdo, y una de las lógicas de ese silencio se relaciona con la necesidad de encontrar del otro lado la voluntad de escucha: “En el plano de las memorias individuales el temor a ser incomprendidos también lleva a silencios” (Jelin, 2002: 31 y 32). Esta experiencia constituye una huella traumática para algunos de los fueron relocalizados en dictadura, inolvidable para otros y, en muchos casos, contradictoriamente con lo sucedido, no se logra articular un discurso que identifique la responsabilidad política de las acciones autoritarias. Esto actúa

como un factor importante de negación en los procesos de reconstrucción de la experiencia (Bettanin, 2008).

Tal como señala Todorov (2003), la identidad actual y personal se constituye por las imágenes del pasado. Memoria e identidad se entrelazan y se implican. Los sujetos seleccionan ciertos hitos y memorias para poner en relación con otros, y son estas selecciones las que van conformando los rasgos de identificación grupal, que luego se vuelven marcos sociales para encuadrar memorias (Jelin, 2002). En este sentido, podemos vincular los obstáculos para poder nombrar espontáneamente al Estado con esa fuerza arrasadora de las subjetividades individuales y de grupos sociales que fue el terrorismo de Estado, relacionado estrechamente con las maneras en que se fueron conformando los marcos sociales sobre el tema.

La resistencia a hablar sobre el período volvió a presentarse cuando contactamos a estos vecinos para realizar las entrevistas en profundidad. Durante nuestra inserción en campo, notamos claras diferencias en cuanto a la predisposición para hablar. Rechazos directos, no directos, conversaciones más bien cortas, citas frustradas. En algunos casos fueron los hijos los que insistieron en que hablaran y/o también se ofrecían a dar su relato de sus vidas en la villa y en el barrio. Así, en ciertas oportunidades, estuvimos abiertos a escuchar estos relatos de otra generación con el fin de advertir las formas de transmisión de esa experiencia, extendiendo la experiencia en primera persona a las “memorias transmitidas”.

De ese modo, observamos que la posibilidad de realizar la entrevista, así como su desarrollo en los casos en que logramos concretarla, se vinculó con la experiencia previa a mudarse de los posibles entrevistados. Como señalamos, el grupo de vecinos que fue desalojado de la Av. 9 de Julio se mostró muy reticente, al punto que decidimos, en algunas oportunidades, entrevistar a sus hijos. Contrariamente, la buena predisposición de aquellos que fueron relocalizados los primeros años, los cuales muchos habían participado política o socialmente, se destacó entre las otras. Si bien al principio habían expresado sus limitaciones de tiempo, cuando la entrevista se había concretado la predisposición fue absoluta. Nos esperaron con el mate preparado, nos

presentaron a los miembros de la familia que estaban en el hogar, nos hicieron sentar y nos contactaron con otros vecinos: “Hay que ayudar a ella, que está levantando la historia de la villa, de nosotros”. Los relatos se cargaron de emotividad y así comprendimos la voluntad de transmitir sus vivencias, sus opiniones y sus formas de recordar. En tal sentido, una entrevistada, al cierre de la entrevista, nos dijo: “Bueno, gracias. Gracias por recordarme”.

A diferencia de los anteriores, el grupo de vecinos que no había participado tanto de la vida social y política de la Villa 31 se mostró más reticente, aunque fue posible su acceso. Por ejemplo, una entrevista comenzamos a realizarla parados en la puerta (tal como se suelen realizar los censos del Instituto de la Vivienda de la Ciudad), hasta que el vecino, luego de comprobar que yo no era una “figura amenazante”, me hizo pasar al interior de la vivienda y continuamos la entrevista en el living. Esto fue acompañado por frases como “Hoy en día hay que cuidarse de todos”. Otra estrategia que realicé para acceder a este grupo fue la de ir cambiando de informante clave para que este me brindase nuevos contactos, ya que se me agotaban rápidamente.

A partir de esta diferencia en la forma de acceso a los grupos señalados, empezamos a captar una categoría “emergente” para analizar los testimonios, que fue la de participación política o cercanía a la participación política y social en los años vividos en la Villa 31. Es decir, más allá de los grupos diferenciados por el relevamiento del Sector 32 que señalamos, observamos que la vida política previa a mudarse al CHS estableció diferencias significativas en los modos de transmitir la experiencia.

Paralelamente, el trabajo de campo estuvo condicionado negativamente por otro factor: las limitaciones para circular libremente por el CHS debido a la peligrosidad que presentan ciertos espacios del Sector 32. En este sentido, nos comprendemos como parte de la realidad de producción de conocimiento, y precisamos que habíamos necesitado que nos acompañen vecinos en la recorrida de pasillos y puentes y para acceder a las viviendas dentro del CHS.

Entendemos que el nivel de violencia urbana que imprime la vida cotidiana de los residentes del CHS se presentó como ineludible para nuestra tarea y nos aproxima a conocer la voluntad de transmitir la experiencia, los modos, nuestro

lugar como investigadores y contextualiza parte del proceso de construcción de conocimiento y reconstrucción de la experiencia.

3. Recuerdos sobre la Villa 31

En este apartado reconstruimos la experiencia acerca de la vida cotidiana en la Villa 31. Profundizando en los relatos de nuestros entrevistados, advertimos diversas dimensiones que implican el recuerdo de la migración a la villa, las prácticas cotidianas entre vecinos, el valor de una vivienda propia y el valor a habitar en la centralidad de la ciudad.

3.1. El “antes de la villa”. La experiencia previa migratoria.

“Las gentes que vienen de las provincias vienen porque busca laburo, busca su mejor forma para vivir. Y de esa manera llegamos. Y como no teníamos otra alternativa de dónde irnos, como todo el mundo, vive en una villa hasta que puede llegar en algún lugar, en algún terreno que sea de él de propiedad” (Carlos, residente Sector 32, Soldati, 2009).

Siguiendo la estructuración de los relatos de habitantes de la Villa 31, observamos que comienzan o se refieren en algún momento a su lugar de origen, antes de la migración a Buenos Aires. Gran parte de la población de la Villa 31 en los años '70 era de origen migrante. Se había acercado a la metrópolis en busca de mejores condiciones laborales. Es así que los relatos de cómo habían transcurrido los años en la villa se inician con una referencia a su provincia o país de origen: Jujuy, Santiago del Estero, Tucumán, Formosa, Bolivia, Paraguay. Lugares adonde los entrevistados no siempre tuvieron oportunidad de regresar, y aquellos que sí pudieron hacerlo todavía mantienen lazos afectivos y vínculos familiares intensos. También algunos incluyen la descripción de la llegada a Buenos Aires.

En los testimonios se advierte la necesidad de migración por trabajo y su posterior obtención. En esa línea, las pésimas condiciones habitacionales son puestas por debajo de la principal necesidad, la laboral. Sin embargo, en muchos casos se señala el impacto o la disconformidad con la precariedad de las viviendas y del lugar. La afirmación “mi casita era de adobe, pero bien

hecha”, en tanto contraste con su provincia de origen, nos advierte sobre un saber popular acumulado respecto de la construcción de un habitar, que es interrumpido por la experiencia migratoria y luego desestimado desde los saberes hegemónicos al momento de pensar la solución habitacional en el traslado al CHS, si consideramos que éste se diseñó mediante una adopción acrítica del paradigma moderno en arquitectura en las políticas de vivienda social.

En este sentido, el vínculo de los residentes con sus lugares de origen continuó a pesar de la movilidad residencial. Por ejemplo, constituye una práctica común, entre estos vecinos, compartir alimentos típicos que se traen de las provincias en sus visitas, así como también llevar regalos para familiares: “Sí, suelo viajar cuando puedo. Estuvimos hace dos semanas, fuimos a casa de mi hermana” o también se presenta la idea de volver a la provincia cuando se piensa en irse del CHS por problemas de seguridad.

También la observación de ese tipo de relaciones vecinales nos permitió identificar una continuidad en el sentido de pertenencia a una comunidad, con sus iniciativas solidarias de colaboración. Así, los relatos asocian prácticas comunitarias anteriores, realizadas por los sujetos en sus provincias y que luego se re-significaron en el contexto villero. Estas se caracterizaron por una intensa colaboración entre habitantes para diversas actividades: “Siempre había un motivo”, señala una entrevistada.

Los siguientes testimonios hacen referencia a las características del movimiento villero y a la organización colectiva, vinculando las prácticas culturales de su provincia de origen:

Profundizando en los sentidos que la residente describe, observamos la necesidad de generar y participar en instancias colectivas como estrategia de continuidad con el modo de vida del lugar de origen. Remata esta descripción la imagen de la capilla donde estaba Carlos Mugica, que evidentemente condensa ese tipo de práctica cultural, religiosa y social.

3.2. Las condiciones habitacionales y sociales en la villa. La lucha por la vivienda propia.

Y bueno, y así fuimos progresando, de a poco, después conocimos al padre Carlos Mugica. Y empezaron a organizarse, el club de madres, el club de los barrios Y así fue que ya después, empezamos a incorporar un poquito la política, ¿viste? Empezamos a ir a las protestas, ya empezamos a incorporar, a ir a plaza de mayo, a reclamar por lo nuestro. Así que bueno, allá conocí chicos que venían de la facultad. Nos enseñaban como poder hacer, con Carlos adelante (Juana, residente Sector 32, Soldati, 2009).

Las condiciones habitacionales de los ex habitantes de la Villa 31 se presentan con fuerza en las narraciones. Ellos describen un conjunto de condiciones específicas de la vivienda informal como la precariedad de las viviendas, el piso de tierra, las paredes de chapa o cartón, las inundaciones recurrentes, el hacinamiento, los incendios provocados por accidentes domésticos debido al uso de velas por la falta de luz eléctrica, y los recorridos que debían realizar para acarrear agua potable hasta los hogares. Es así que en el recuerdo sobre estas condiciones críticas se recuerda de modo intenso. Expresa, por lo mismo, la fuerte incidencia de las condiciones materiales para el desarrollo de la vida cotidiana.

Por otro lado, los relatos de aquellos que han tenido algún tipo de participación en diferentes organizaciones internas de la Villa 31 (como el club de madres, las comisiones, la juventud peronista) vinculan estrechamente estas precariedades y/o condiciones sociales críticas a la creciente organización comunitaria que se iba construyendo en la Villa para poder “ayudarnos”, “mejorar” y “salir adelante”. Fueron la base de participación vecinal y resolución de problemas comunes. Rápidamente, se volvió foco de interés y participación de otras organizaciones políticas de la época, así como de referentes, entre los que se destaca el Sacerdote Carlos Mugica. Todo esto continúa vigente en el recuerdo de los entrevistados, quienes pueden transmitirlo sin rodeos y con un sentimiento de orgullo o satisfacción personal con las tareas que habían emprendido.

Es notable la manera en que se van articulando en ciertos discursos las primeras relaciones vecinales en la villa, el aumento de los niveles organizativos y los vínculos con otras clases sociales. La lucha política, ejemplificada en las acciones de organizaciones políticas como el ERP, la Juventud Peronista y/o los Montoneros, también adquiere envergadura.

Se evidencia en el recuerdo de este grupo de vecinos los altos niveles de organización y consenso social que había logrado la lucha en las villas su visibilidad pública, la articulación con actores de la sociedad (Zicardi).

Situamos que el nivel de organización social y político alcanzado en las villas se correspondía con el contexto de la época, que se resolvió de manera autoritaria y con la instalación del gobierno de facto y la metodología de represión ilegal. Razones que luego iban a justificar el accionar autoritario y represivo con sus habitantes, como con los principales referentes.

3.3. El recuerdo del sacerdote Carlos Mugica

“Uno no se olvida. No se olvida. Y cuando le fuimos a enterrar al cura es como si todo se hubiera terminado en el barrio: silencio, tristeza. Ya estábamos, como decirte, completamente desamparados. Desamparados (silencio)” (Juana, residente Sector 32, Soldati, 2009).

Un punto de inflexión respecto del comienzo de la represión y aniquilamiento del sector popular fue el asesinato del sacerdote tercermundista Carlos Mugica, ocurrido un tiempo antes del advenimiento del golpe militar⁹. Su fuerte influencia en la construcción colectiva del movimiento villero y en la visibilidad pública de estos grupos marginados históricamente lo convirtió en uno de los principales referentes. En este marco, su muerte representó para los vecinos el inicio de la desarticulación del grupo social.

⁹ El sacerdote Carlos Mugica fue uno de los principales referentes del movimiento de curas por el tercer mundo. Se identificaba con el movimiento peronista y participaba activamente de la organización villera en la Villa 31. El 11 de mayo de 1974 fue asesinado en la vía pública por la organización para militar Triple A. En su velatorio participaron miles de vecinos y activistas políticos. Este hecho representa a la violencia política de los años previos al golpe de Estado.

En los testimonios de los vecinos, el recuerdo de Mugica se presenta con fuerza en varios aspectos, pero precisamente respecto de su asesinato, los recuerdos son transmitidos con una carga emocional significativa. A su vez, marcan el final de la historia grupal, comunitaria. La muerte del sacerdote constituyó, así, un “despojo”, una “pérdida”, “silencio”, “tristeza”.

Lo anterior nos remite a lo que señala Feierstein (2009) con respecto a la etapa previa al golpe de Estado, con sus asesinatos selectivos centrados en las figuras que articulaban clases sociales. “Articuladores sociales”, que no eran ni dirigentes de alto rango de las organizaciones políticas ni simples estudiantes u obreros, sino juntamente aquellas figuras que hacían converger estas dos instancias: “aquellos que hacían de nexo entre el movimiento popular y sus posibles configuraciones políticas” (Feierstein, 2009: 320), tal como representa la figura de Carlos Mugica. El desamparo, que luego se retoma en la falta de un líder, de alguien que unifique la lucha, es uno de los sentidos que confirman la aniquilación de esa relación: “Acá lo que nos faltó fue un líder”, afirmaba sentidamente un vecino al referirse a los problemas actuales del CHS.

Una conmemoración vinculada a la memoria colectiva que se produce todos los años en la Villa 31 y que se volvió ícono de la lucha villera es el aniversario del asesinato de Carlos Mugica. En el mes de mayo de cada año la Comisión de Homenaje al Padre Mugica organiza la marcha. El recorrido abarca desde el Hospital Zelaya, donde falleció, hasta el lugar donde funcionaba la capilla Cristo Obrero. Esta conmemoración se sostuvo a lo largo de años, y da cuenta de la memoria de los vecinos de la Villa 31. A esa iniciativa se fueron sumando expresiones culturales y comenzaron a participar nuevas generaciones, como por ejemplo la primera murga de Retiro, Los guardianes de Mugica, en el año 2000.

La Comisión de Homenaje al Padre Carlos Mugica se conforma por un amplio espectro de agrupaciones políticas, culturales, sociales y de derechos humanos. Estas reúnen sus esfuerzos en pos de mantener viva la fecha del asesinato. El recorrido se realiza con antorchas y con una amplia participación social. También asisten familiares y personas que no habitan la villa. La imagen de Carlos Mugica da legitimidad a dicho homenaje.

Algunos vecinos del CHS que vivieron en la Villa continúan participando de este tipo de conmemoraciones. Se reúnen con sus viejos vecinos, se trasladan hacia donde es la convocatoria. Según nos han relatado, sienten que así “cumplen” con el padre. En los años en los que realizamos el trabajo de campo había sido justamente el 35° aniversario del asesinato. En esa oportunidad, las conmemoraciones fueron diversas. El sacerdote Domingo Bresci, ex secretario del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, celebró una misa en la parroquia San Francisco Solano, lugar del asesinato de Mugica. Además, hubo actos oficiales, como el que se realizó en el auditorio de la Cancillería, a cargo de la Secretaría de Culto.

La prensa cubrió los diversos actos, tanto La Nación como Clarín y Página 12. Además, se produjeron reportajes radiales y notas en blogs de los participantes y/o organizadores. La nota “A 35 años de Mugica”, escrita por el periodista Washington Uranga en el diario Página 12, destaca la referencia de su figura en los sectores populares a pesar del paso del tiempo:

Sacerdote, militante social, peronista, hombre comprometido con los pobres hasta el punto de renunciar a todo para compartir junto a los marginados su lucha por la dignidad. Carlos Mugica, “cura del Tercer Mundo”, sigue siendo, al cumplirse 35 años de su asesinato el 11 de mayo de 1974, un referente de vida para los cristianos identificados con “la opción por los pobres” y para muchos otros militantes de las causas populares. El cura Mugica y el también asesinado obispo Enrique Angelelli son muy probablemente las dos figuras religiosas contemporáneas más evocadas a nivel popular en virtud de su compromiso con la justicia. Existen otros, entre ellos las monjas francesas y los curas palotinos, pero Mugica y Angelelli tienen un espacio ganado en la devoción popular. Y ello se ubica aún más allá de la institución eclesiástica a la que tanto le ha costado reconocer a estos “mártires” y “signos de contradicción” dentro de sus propias filas (Diario Página 12, 2009).

En ese marco, varios de nuestros entrevistados habían participado de estas marchas por un sentido agradecimiento hacia el padre, pero también unidos a un sentimiento de pertenencia a lo que era la Villa. En un caso, una vecina comienza a participar en esta conmemoración cuando se convoca a todos los villeros a buscar el cuerpo en Recoleta y trasladarlo a la Villa 31: “Yo empecé a ir a la misa de Mugica cuando a Mugica lo vuelven a llevar a la villa. Que ahí se convoca a todos los villeros a buscar su cuerpo a Recoleta, bueno, ahí yo empiezo. Un poco con miedo” (Juana, residente Sector 32, Soldati, 2009).

Destacamos que, en general, son limitadas las ocasiones en las que los vecinos realizan actividades por fuera del CHS. Como ya señalamos, los problemas de inseguridad y, en este caso, una apropiación de actividades comunitarias que se despliegan en el CHS —como la ayuda en la parroquia, o en la cooperativa de la escuela, además del trabajo diario— inciden en una escasa disponibilidad para salir del complejo. De modo que la decisión sostenida a lo largo de los años de participar en eventos referentes a Carlos Mugica comprueba una fuerte identificación positiva con esa historia, inscripta en otro espacio barrial de la ciudad. A modo de homenaje, en este caso, se apropian de lugares que han sido significativos en su historia personal: la Villa de Retiro, el barrio de Mataderos.

En otro sentido, algunas formas de narrar la experiencia vinculan los años previos con la represión, con los militares, evidenciando cierta continuidad. Es decir, esfumando el límite entre los dos tipos de represión. Esto nos confirma que la significancia de un acontecimiento impregna el recuerdo del mismo, de modo que ya no conserva la veracidad y sí el sentido fuerte, en este caso, el sentido adjudicado a la muerte y el terrorismo de Estado.

Para concluir acerca de los recuerdos del período de habitar en la villa, podemos afirmar que se presentan cargados de nostalgia y asociados a valores positivos como “lucha”, “solidaridad”, “proyecto”. Asimismo, destacamos que pese a las deficientes condiciones habitacionales, como el no contar ni con gas, ni con energía eléctrica ni con agua potable, los relatos dan cuenta de fuertes lazos solidarios entre vecinos. Lazos que sustentaban la satisfacción de necesidades básicas de los habitantes y que, enmarcados en un período de

intensa movilización social, habían posibilitado encausar diversas reivindicaciones vinculadas a la vivienda, pero también a la identidad del grupo villero.

Entre las reivindicaciones de los vecinos de la Villa, la lucha por la vivienda digna cobró centralidad. Los entrevistados recuerdan las estrategias donde participaron, desde la toma de la CMV, la marcha donde asesinan al militante villero Chejolán, las estrategias de Mugica y las políticas del tercer gobierno de Perón. La expresión de una residente: “Así que bueno, este, con él seguimos (se refiere a Carlos Mugica). Bueno, él ahí nos ayudó a la lucha de cómo lograr conseguir tener nuestra propia vivienda, tener una vivienda digna”, de algún modo resume estas vinculaciones.

Asimismo, precisamos que, en la representación sobre el acceso a una vivienda propia, para el grupo de vecinos que mantuvo cierta participación se condensan diversos sentidos. Por un lado, se valora positivamente el acceso a la propiedad, producto de la participación y de la lucha política de algunos vecinos y sus organizaciones. Por el otro, el acceso a la vivienda propia se vincula, paradójicamente, con un sentimiento de pérdida. Desde sus perspectivas, se había finalizado la lucha colectiva, el tipo de vida colaborativo y una historia en común con los vecinos. Al parecer, se había cerrado un ciclo.

Por otro lado, se insiste en los relatos el sentido de pertenencia a un grupo social al momento de hablar de la vinculación con Carlos Mugica. Vemos en múltiples fragmentos el uso de la primera persona del plural. Esto es significativo, ya que el uso del “nosotros” se presenta con fuerza en diferentes tramos de las historias. Además de advertirlo, lo ubicamos como elemento rico para el análisis.

Pollak (2002) destaca la importancia de atender al uso de los pronombres personales para hablar de sí mismos, al momento de analizar los relatos de los entrevistados sobre acontecimientos y situaciones. En su investigación con testimonios de deportadas judías, dio cuenta de una tensión principal que tenía que ver con el uso impersonal “se”, o el uso del término colectivo “nosotros”. Explica que el uso del impersonal y/o del tu (vos) para hablar de uno mismo, se vincula con los sentimientos de impotencia y el distanciamiento, en general

ligados a situaciones extremas, difíciles de tolerar. Por su parte, el uso del “nosotros” fue usado en la identificación de un grupo más amplio. Específicamente identificó la referencia a dos tipos de grupos: familiar-doméstico o familiar-político. Estos últimos se referenciaron con un grupo de resistencia política.

Veremos a lo largo del análisis que esto se confirma en los relatos de nuestros entrevistados. El “nosotros” es usado principalmente para referirse al grupo de villeros, a los que acompañaban la lucha del padre Mugica. También al grupo familiar, en especial de aquellos vecinos que no se identifican con dicha participación política. En cambio, se usa el impersonal para referirse a episodios represivos, a ciertos recuerdos que no se transmiten con precisión, que han “dicho otros”, que se han “escuchado por ahí”. Son las que revelan ciertos silencios o mitos de la historia barrial.

3.4. La vida en el centro... la pérdida de centralidad

La referencia a la vida en el centro de la ciudad se presentó con frecuencia en los relatos. Vinculado a esto está las marcas de la lucha de las organizaciones villeras por mantener la radicación en la Villa, en el caso de Retiro, conservar la centralidad de la ciudad¹⁰.

Los testimonios de los actuales residentes del CHS refieren a esta pérdida de centralidad más allá del momento en que fueron relocalizados. Es decir, tanto los ex - residentes de la Villa 31 como los que habitaban sobre la Av. 9 de Julio aportan argumentos a favor de habitar en la zona céntrica. En este sentido, hacen referencia a los aspectos positivos de la “integración a la ciudad”. Cualidades que se contrastaban en el discurso con las dificultades que asume habitar en el CHS en el presente. Los vecinos destacan la importancia de la cercanía a las fuentes de trabajo, la integración en las escuelas públicas de la

¹⁰ Villa 31 se ubicaba en el centro de la ciudad, a metros de la Av. 9 de Julio y el barrio de Recoleta. Los vecinos desde los años 60’ se organizaban y presentaban diversas propuestas para construir en la villa y así no tener que irse, pero la apelación a la fuerza y el terror por parte del gobierno dictatorial dirimió esa disputa en detrimento de los pobladores. No lograron, de ese modo, no perder la cercanía a sus lugares de trabajo y al equipamiento urbano. Vale destacar que la ciudad de Buenos Aires es muy desigual en sus niveles de urbanización y la zona de Villa Soldati fue históricamente postergada.

zona y también el acceso a la infraestructura urbana, como hospitales y escuelas públicas que ofrecían servicios de salud y educación de calidad y accesibles.

En relación con la escuela, algunos testimonios dan cuenta de que la diversidad era posible, que compartían el espacio escolar con compañeros de otra clase (alta) y eso era positivo. La proximidad de Villa 31 con la zona residencial de la clase alta permitía que se compartieran esos espacios, en un momento en el cual la educación pública era de muy buena calidad en el país.

La diferencia con la actualidad es enorme. Como señalamos, estas valoraciones de los vecinos se vinculan directamente con las dificultades que presentan estos barrios de la zona sur en términos de postergación, falta de equipamiento urbano, como consecuencia de la urbanización tardía, pero también de políticas desiguales por parte de los sucesivos gobiernos.

En ese sentido, los residentes describen situaciones que los sitúa como “ciudadanos de segunda”, tales como la falta de hospitales y atención de la salud pública, el nivel de violencia urbana, acentuado esto por la cuestión del estigma que se fue construyendo sobre ellos solo por ser residentes del CHS (Girola, 2005, 2009). Es notable, entre las descripciones que escuchamos, la negación por parte de los servicios de salud y las empresas de servicios públicos a “entrar” en el CHS. Genera situaciones críticas de vulneración de derechos y moldea la vida cotidiana profundizando el sentimiento de desamparo y desolación de los vecinos.

3.5. El “irse de la Villa”

El recuerdo sobre el momento en que se fueron de la Villa incluye sentidos encontrados; representaciones que tienen que ver con la incertidumbre, con lo desconocido respecto del nuevo lugar, como también con la alegría de haber conseguido u obtenido (según la participación en la lucha por la vivienda) la tan preciada vivienda propia. Así, los relatos describen que había llegado el momento de dejar la Villa, de habitar un nuevo espacio, aún desconocido para los vecinos. En esa instancia, no se convencían; por momentos pensaban que era mejor, pero nadie les daba información sobre el nuevo lugar: “No

conocíamos lo que era Soldati”, “Ya se hablaba de Ciudadela, de Soldati, pero no sabíamos qué iba a pasar realmente”.

Como ya explicamos, el dispositivo institucional utilizado para los traslados y mudanzas estuvo a cargo del ejército, que puso a disposición el uso de sus camiones. Si bien los primeros en ser adjudicados habían adquirido el derecho a ser beneficiarios del plan habitacional, su condición de villeros los volvía objeto de maltrato por parte de los oficiales.

En este punto advertimos diferencias en el recuerdo entre los vecinos que habían participado en organizaciones y los que no. Los siguientes testimonios corresponden a la descripción de ese momento por parte de aquellos que habían participado en la lucha por la vivienda, y son los que destacan principalmente los aspectos negativos: “Nos iban tirando nuestras cosas por el camino”: “Fue humillante, fue triste. Porque es distinto que te digan, como ahora: bueno, mirá, te vamos a dar una vivienda, va a ser mejor... Pero no, allá fue de la noche a la mañana, tenés que irte. El que no se va, bueno, (silencio) (Elena, residente Sector 32, Soldati, 2009).

A diferencia de los anteriores testimonios, aquellos residentes que afirman que no participaron activamente en la lucha por la vivienda, relatan de manera positiva la experiencia. Aunque se pueden advertir contradicciones, son muy claros en cuanto a transmitir que “salir de la Villa” fue “un progreso”. Respecto de las modalidades de los traslados, la percepción es similar: se destaca la labor del personal encargado del plan, ya sea de profesionales o del Ejército. La violencia o las situaciones de maltrato, relatadas por los otros vecinos, se aminoran y los niveles de autoritarismo quedan legitimados por las cualidades de las Fuerzas Armadas.

En ese sentido, describen los militares en acción con términos tales como “enérgicos”, “rápidos”, “eficientes”. Inclusive un testimonio es muy claro al afirmar que “en aquella época los militares eran como un Dios”.

4. Recuerdos de la vida cotidiana en el Conjunto Soldati

4.1. Los primeros años

¡Una alegría grande cuando llegué aquí! Ver que tenía agua, agua calentita. Y agua disponible para cuando vos quieras, porque allá había que caminar tres cuadras, ¡y ni te cuento en este frío! Y no tener un lugarcito donde bañarte cerrado, bueno, son muchas, son muchas. Por eso le digo a los míos que cuando uno puede gozar de una vivienda hay que apreciarla, hay que cuidarla. Lo más grande que puedes tener es una vivienda (Juana, residente Sector 32, Soldati, 2009).

La valoración positiva acerca de las nuevas condiciones habitacionales al iniciar la vida en el CHS es general a todos los entrevistados. Así, el acceso a servicios básicos como agua corriente, energía eléctrica y calefacción fue un elemento que contribuyó en buena medida con la satisfacción de habitar el nuevo lugar. Apelan a calificativos como “momento lindo”, “hermoso”, “inolvidable”. Destacan también que los jardines estaban muy bien cuidados, que tenían un muy buen servicio de recolección de la basura, así como el entusiasmo de los vecinos por su nuevo hogar.

Sin embargo, esta primera impresión positiva se relativiza en el sentido del deterioro generalizado del CHS en los años posteriores, que involucra seriamente la sustentabilidad de la propia unidad habitacional debido a pérdida de gas, filtraciones y humedad permanente. Así, la apreciación acerca de las condiciones físicas de la vivienda en sí, de la unidad habitacional, se puede distribuir en dos grupos, dos tipos de representaciones: las del inicio de la vida en el CHS y las del presente, donde se evidencia el deterioro producido en los últimos veinte años:

Pero ahora el barrio se encuentra deteriorado. Ya te digo, deteriorado. Desunido, eh...no sé, los vecinos es como que no hay una unión para poder salir adelante y decir: bueno, nos falta esto, o se nos está rompiendo esto. Hay una dejadez de vecinos. Primero que no estamos unidos. Baja el de arriba, buen día, buenas tardes, nada más. No hay un diálogo. Vivimos muy frívolo. Por ahí lo que más hay son confrontaciones, enfrentamientos, ya sea de un reclamo como otro. El que está abajo reclama porque se le inundan las cloacas y el que está arriba te reclama que le llueve el techo, o las escaleras. Pero sin hacer nada por eso (Luis, residente Sector 32, Soldati, 2009).

Nuevamente, otro aspecto significativo que tensiona esta primera “alegría”, “satisfacción” en el acceso a la vivienda en el CHS constituye la imagen positiva que algunos vecinos construyeron de los años en la Villa 31, a pesar de las pésimas condiciones habitacionales en el CHS y de las dificultades sociales y políticas. Es así que los residentes recuerdan que al mudarse de barrio se dio fin a un proceso que algunos rotulan como “la lucha”. Junto con el título de propiedad, el traslado a la nueva vivienda dejaba atrás un tipo de vínculo entre los sujetos y de estos con su habitar, que tenía que ver con proyectos colectivos, con lazos de solidaridad, que ya describimos en el apartado anterior.

Observamos que frente a la pregunta de si recordaba la vida en la Villa luego de la mudanza, algunos vecinos señalan la contradicción entre haber logrado el acceso a una vivienda digna y el fin del proyecto social, en sus términos, de “la lucha”. En este marco, hacen referencia al desarraigo, al recuerdo de los años combativos, donde estuvieron unidos por un proyecto colectivo: “cuando vine acá recordaba mucho la lucha”.

Cabe aclarar que este tipo de asociaciones entre lucha, proyecto y años en la Villa emergen en las entrevistas realizadas a los residentes que habían tenido algún tipo de participación en organizaciones sociales o políticas de la Villa 31. En el caso de los otros vecinos, la valoración positiva sobre el departamento solo se “empaña” cuando se lo confronta con la actualidad. Para este grupo de vecinos, la imagen de la Villa, en consecuencia, se presenta como habitar negativo, asociado a un momento de sus vidas donde “pasaban necesidad”, “no tenían suerte”, o “era un desastre todo”; instancia que dejaron atrás en pos de superarse, como ya enfatizamos, de “progresar”.

En ese sentido, puestos en la situación de entrevista, deciden profundizar en descripciones acerca de las actividades laborales que se vieron obligados a realizar, en general con mucho sacrificio. Esto, a su vez, se vincula con la condición que describen acerca de que no habían tenido tiempo ni voluntad para actividades comunitarias o políticas: “Trabajaba en el puerto, trabajo insalubre le dicen, llegaba a mi casa solo para dormir, no veía a nadie”, o bien

“Nosotros íbamos del trabajo a casa y de casa al trabajo, no nos metíamos con nadie, sabíamos del cura que ayudaba a los que necesitaban, pero nosotros nada, nada”.

4.2. Los años duros.

Después, ya cuando vinimos acá a vivir todo cambió. Todo cambió (baja el tono de voz). Ya hubo el golpe de estado (silencio). Se llevaron a muchos amigos que no estaban metidos en la política. Eran vecinos que trabajaban para el barrio. (Rocío, residente Sector32, Soldati, 2009).

El 24 de Marzo de 1976 se desata el golpe de Estado. Esta fecha marca un quiebre en los relatos. Los vecinos identifican el comienzo de “los años duros” con el aumento de los niveles represivos. Especialmente describen diversos episodios de control que ocurrían en la vía pública y dentro de los límites barriales, diferenciando lo que sucedía en la sociedad en general con las rutinas del CHS urbano. Esto delimita en los discursos un “adentro” y un “afuera” del CHS.

Asimismo, las condiciones descritas respecto de las modalidades de los traslados, la poca circulación de información, el detrimento de la condición de ciudadanos de este grupo de vecinos se agudizan dos años después, a partir del golpe de Estado, alcanzando mayores niveles de maltrato. De acuerdo con la implantación del nuevo régimen, en estos dispositivos institucionales se incluyeron la persecución de aquellos vecinos que habían estado participando políticamente en diversas organizaciones villeras, así como la presunta desaparición de aquellos vecinos que se opusieron a dejar su casilla en la Villa. En este marco, el relato de una vecina trasmite el recuerdo de esos momentos a la vez que se posiciona en el lugar del testigo. La expresión “Lo vimos nosotros” da cuenta de esa experiencia compartida entre los vecinos. Así, en relación a la pregunta de cómo eran los traslados, expresan que las topadoras levantaban y destruían todas las casillas. Que muchos vecinos retornaron a sus provincias de origen. Expresan que esa experiencia fue “triste y humillante”.

En la caracterización de esos años, los relatos hacen referencia al impacto de la metodología de desaparición de personas. Los vecinos recuerdan diferentes secuencias de secuestros de vecinos: “Se lo llevaron”, “No volvió nunca más” son las expresiones que usan para representar lo sucedido.

Además del conjunto de acciones implementadas por el Estado (de tipo represivas y clandestinas), los vecinos describen ciertas consecuencias inmediatas en el barrio, como la paralización de la actividad comunitaria a partir de la reducción de las acciones que venían realizando. El reconocimiento del peligro es transmitido de manera clara y hasta con ejemplos concretos: desde tener un volante político hasta una estampita de Carlos Mugica fueron potenciales de peligro. De esa forma, fundamentalmente los sentimientos de desconcierto y de miedo se presentaron como los primeros indicadores del cambio. Ambos empezaron a estructurar patrones de comportamiento individual, tendientes a la restricción de interacciones sociales, al aislamiento.

Es así que los que tenían participación política dejaron de hacerlo. No fueron más a reuniones, abandonaron su práctica comunitaria. En el mismo sentido y por las mismas causas dejaron de hablar con sus vecinos sobre temas vinculados al pasado compartido en la villa. Aumentaron las normas de seguridad y se replegaron al ámbito privado, a la casa, al cuidado de sus hijos. Ellos recuerdan y pueden describir acciones concretas como tirar por el inodoro los panfletos y volantes políticos ya que sabían que los militares tiraban las puertas debajo de los departamentos del conjunto y procedían a revisar los distintos ambientes. Entre las reflexiones más significativas hallamos la frase: “Yo me había quedado petrificada en el horror”.

Lo que venimos describiendo actuó como facilitador del silenciamiento entre vecinos. El hablar fue identificado como peligroso, los vecinos advirtieron que ya no podían obrar de manera espontánea, vincularse desde el diálogo franco. Por lo tanto, las modalidades en las relaciones vecinales se vieron afectadas por este nuevo patrón.

El concepto de privatización de la experiencia (Lechner, 1985) como descriptor de la disminución o parálisis en las interacciones sociales como consecuencia de la implantación del miedo, permite analizar la restricción de las interacciones

sociales entre los vecinos del CHS a partir del miedo implantado por la dictadura. El autor señala que esa privatización remite a la restricción o imposibilidad de confirmar la subjetividad frente a otros en el momento que desaparece la normalidad que organiza hábitos y rutinas, fundamentalmente a partir de la instauración del miedo. Al impedirse la confrontación de experiencias diversas, se fueron erosionando las relaciones y vínculos vecinales y restringiendo el campo de la experiencia social.

A diferencia de lo que indicamos para el grupo de vecinos que había participación política, el otro grupo relativiza esa experiencia. La imagen de los militares, en un primer momento, se presenta como positiva, amena. Inclusive destacan positivamente algunos de sus valores, al igual que sucedía con respecto a narrar el momento de los traslados. En ese sentido, valoran el orden, la educación, las reglas claras.

No obstante, en estos discursos podemos encontrar fisuras o contradicciones, ya que señalan que fue un período que “no se puede olvidar” o se reconocen los crímenes, el abuso de autoridad e inclusive las repercusiones negativas en la vida cotidiana del barrio. Lo distintivo con los otros relatos radica en que esas acciones se justifican al adoptar un discurso que fue dominante en nuestra sociedad por muchos años a partir del retorno de la democracia: la teoría de los dos demonios, o la serie de imaginarios sociales tales como “por algo será”, “algo habrán hecho”, que luego se actualiza con la expresión “con los militares estábamos mejor”.

Apreciamos que estos discursos tienen asiento en la realidad violenta a la que están sometidos los habitantes del conjunto cotidianamente y, por su contraparte, a la falta de respuesta y protección del estado democrático en la actualidad. Así, los relatos de este grupo de vecinos figuran diversas situaciones concretas de peligro o de riesgo al tiempo que valoran positivamente las modalidades de represión y control por parte del Estado.

Esto lo apreciamos cuando puntualizan en cuestiones como el control de la violencia urbana, a veces equiparada con problemáticas sociales como la toma de tierras o de departamentos —situaciones que son recurrentes a partir de la democracia y, en especial, en los años en que realizamos el trabajo de

campo—. Vemos, en ese sentido, un distanciamiento de estos testimonios acerca de formar parte del grupo social que estaba siendo hostigado. En todo caso señalan el “acostumbramiento” al miedo.

Específicamente, los testimonios oscilan entre valorar la tranquilidad que generaba la intervención militar en el CHS, en especial respecto al control de la droga, los delitos, y al mismo tiempo señalan abusos, miedo a equivocarse (andar sin documentos) y la prohibición total sobre cualquier actividad social y/o política. Se reproducen en estos discursos algunos mecanismos simbólicos que legitiman la acción dictatorial en el sentido que se invierte la culpa, ya que el problema era de aquel que participaba políticamente y no de las metodologías represivas. Tal como señalan Kordon y Edelman (2005), y Feireisntein (2009), la inversión de la culpa actúa como mecanismo simbólico de negación para representar el período.

Este tipo de recuerdo se puede unir a otros que dan cuenta de un accionar positivo de las Fuerzas Armadas, principalmente medido por haber recibido prebendas o favores personales. Es el caso de aquellos que recibieron viviendas por allegados a los militares, sin ser beneficiarios legítimos del plan, así como de los que por diversos modos colaboraban con la “ocupación militar” en el CHS.

De ese modo, el contacto estrecho con el personal militar media en las percepciones acerca de este período, disminuyendo, negando y/o apoyando sus políticas y modalidades.

Por lo expuesto podemos concluir que las valoraciones sobre el golpe de Estado están mediadas por la experiencia previa al llegar al conjunto y por la modalidad de acceso a la vivienda. Aunque todos de algún modo coinciden que representó un punto de inflexión, cada grupo de vecinos mantiene un posicionamiento diferente.

5. Marcas en las formas organizativas en propiedad horizontal: los consorcios.

Entre las instancias de participación comunitaria, desde las cuales reconstruimos diferentes modalidades de habitar el barrio, tomamos como un referente significativo el espacio consorcial. Varios estudios dan cuenta de la importancia de la construcción en propiedad horizontal para la vida cotidiana de las personas en cuanto prácticas de apropiación, manipulación y gestión colectiva del espacio residencial. Giglia, (1996); Schteingart y Graizbord, (1998); y Villavicencio (2006), si bien utilizan diversas metodologías y enfoques, valorizan el espacio consorcial como significativo para comprender los procesos de apropiación y gestión colectiva de espacios comunes en los conjuntos urbanos, a la vez que destacan que la tipología de conjunto urbano genera un tipo particular de ámbito cotidiano de la sociabilidad vecinal. Así, los asuntos condominales constituyen un aspecto significativo de la cultura urbana, y por lo tanto “contribuyen a producir y reproducir el sentido de pertenencia a la realidad local barrial y a la ciudad” (Giglia, 1996:75).

De ese modo, el abordaje de la organización consorcial abarca múltiples dimensiones. Se puede advertir la interrelación entre los aspectos legales, las políticas habitacionales y sociales, las variables socio-económicas con los aspectos subjetivos de los vecinos en torno a los modos de habitar. Consideramos, en ese sentido, que constituye un espacio privilegiado para conocer la interacción vecinal (Gentilini y otros, 2006, Bettanin, 2008).

A diferencia de los primeros años en el conjunto urbano, donde el recuerdo de los vecinos se centró en rescatar que se pudieron organizar y cuidar sus espacios comunes, a partir del golpe de Estado se recuerda el comienzo de la dificultad para funcionar colectivamente y gestionar los espacios comunes. Además de los efectos del miedo, la prohibición de reunión entre personas, propia del estado de sitio, impactó en la necesidad de realizar una asamblea consorcial, imposibilitando que los vecinos cumplieran con la normativa vigente para organizarse en consorcios.

Tanto los vecinos que habían tenido participación política y los que no, fueron capaces de visualizar esta cuestión. En ese sentido, es notable y potente la referencia al cambio y al impacto del golpe en su organización cotidiana y comunitaria, expresada en el funcionamiento de los consorcios.

Cabe destacar que las reuniones o asambleas vecinales son la instancia fundamental para la organización de los consorcios y, en consecuencia, para el sostenimiento de los edificios y la sustentabilidad de hábitat en general. En esas instancias los vecinos interactúan y ponen en común necesidades, estrategias de resolución de problemas edilicios, pero también de convivencia. De modo que suspendida esta práctica, quedaba un conjunto de temas vinculados a las viviendas, sin tratamiento colectivo, sin gestión.

En ese marco, algunos vecinos nos relataron episodios y escenas particulares desde los cuales podemos profundizar en esta cuestión. Por ejemplo, un vecino recuerda el momento preciso en el cual los vecinos se vieron obligados a interrumpir una reunión de consorcio, ya que los militares estaban llegando al lugar donde se desarrollaba, con orden de reprimir. Al relatar este episodio, el vecino expresa que no se quiere ni imaginar la matanza que podría haber ocurrido si los militares los encontraban reunidos. Luego, frente a la pregunta acerca de cómo hacían en ese nuevo contexto que describía para organizar las tareas comunes como el pago de la luz o la limpieza de las escaleras, el mismo vecino responde que con los militares comenzaron a “manejarse individual”, o bien a hacer reuniones a escondidas, adentro de los departamentos o debajo de las escaleras, pero manteniendo el secreto.

Consideramos significativa esta reflexión, ya que en el presente predominan este tipo de relaciones, “de las puertas para adentro”, como suelen decir los vecinos (Bettanin, 2013). Es común que no haya diálogo entre ellos, que no se reúnan para afrontar los gastos de mantenimiento de los edificios, la administración de los espacios comunes y que, de esa forma, se acreciente el deterioro edilicio y barrial. En consecuencia, el “manejarse individual” (como bien lo expresa el entrevistado) es un patrón de relación vecinal que se vislumbra en el presente, pero que pudo empezar a construirse en esos años. Retomamos lo planteado por Lechner (1985:96) sobre la instrumentalización de

los miedos como uno de los principales dispositivos de disciplinamiento social que inducen en la desvalorización de la capacidad personal y colectiva: “Entonces solo queda refugiarse en lo privado con la esperanza (vana) de encontrar en la intimidad una seguridad mínima”.

En la siguiente imagen podemos apreciar un tipo de solución individual al problema de la violencia en el CHS. Los vecinos suelen enrejar los pasillos para protegerse de los peligros, sin embargo contribuyen a disminuir su protección en tanto obstruyen la circulación normal al interior de los edificios, en especial frente a un incendio u otro tipo de accidentes domésticos.

Imagen 3. Pasillo interrumpido por puerta reja en Conjunto Habitacional Soldati.



Fuente: Archivo personal 2010.

A lo expuesto anteriormente hay que añadirle el componente de desarticulación de las redes sociales existentes en las villas. Retomamos lo analizado con respecto a la experiencia de erradicación del PEVE, por Hermite y Boivin

(1985), quienes señalan los efectos devastadores en tanto pérdida de relaciones y redes sociales por parte de los ex-villeros:

En nuestra opinión, una de las consecuencias socioculturales más perjudiciales para el estilo de vida de los villeros fue la desestructuración y atomización de las redes sociales de ayuda mutua, las que cimentadas en el principio de reciprocidad permitían un flujo de bienes y servicios como componentes significativo de una relación social, sea de parentesco, amistad o vecindad. Estas redes les permitían a los villeros la transformación de los recursos necesarios para afrontar la vida en el mundo urbano (Hermite y Boivin, 1985: 129).

No obstante, se observan otras representaciones respecto de las experiencias organizativas anteriores, que se actualizan en nuevas prácticas, re-significando valores que podemos asociar con procesos identitarios construidos en las diversas trayectorias de vida, en donde se han acumulado diversos saberes. Por ejemplo, con respecto a su consorcio, que comprendía dos edificios cercados, una vecina que había habitado la Villa 31 expresa que el mantenimiento actual de su departamento y su entorno se vincula directamente con los aprendizajes recibidos por el sacerdote Carlos Mugica cuando estaban en la Villa 31.

En ese mismo sentido, otra vecina explica estas continuidades y, como otros entrevistados, referencia a la figura del sacerdote Carlos Mugica. Al igual que el fragmento anterior, el uso de la primera persona en plural predica de un sentido de pertenencia y de una fortaleza que, aún con los procesos que señalamos, mantiene su vigencia:

Los lazos solidarios que se mantienen en la actualidad dentro del CHS, que impulsan la escasa organización consorcial y otras prácticas comunitarias, se representan vinculados a los años en la Villa y, en especial, a lo que pudo perdurar. Es así como la figura del sacerdote Carlos Mugica se alza como unificadora de la lucha y de los valores aprendidos a partir de sus enseñanzas, las cuales los vecinos ponen en juego en su nuevo contexto barrial, que les exige otro tipo de esfuerzos y adaptaciones.

Advertimos, respecto de este tema, una diferencia en cuanto a los relatos de hombres y mujeres. Mientras que los de estas últimas destacan todo lo aprendido con el sacerdote en calidad de legado y aplicable al nuevo contexto barrial; los relatos de los hombres vinculan la necesidad en el CHS de la existencia de un líder, de un conductor que vuelva a marcar el camino, un alguien para seguir y que los guíe a “levantar” el barrio.

Lo que se presenta como evidente es la disputa en torno a las significaciones, es decir, no solamente lo acontecido, lo que han sufrido estos residentes en tanto población destinataria de políticas habitacionales autoritarias. Puestos a pensar en las continuidades de una experiencia, entra en juego lo que comprendemos como estrategias de realización simbólica del genocidio, en el sentido de que se está disputando la re-presentación de la experiencia pasada. Es decir, los testimonios son construcciones individuales sobre una experiencia, pero vinculados a un presente. En este presente aún circulan los discursos hegemónicos que se fueron estableciendo y combatiendo por diversos sectores y actores de la sociedad a lo largo de todos estos años, llamados modelos hegemónicos de representación (Feierstein, 2009). Entre los diversos mecanismos que han impregnado en el conjunto social, el autor señala las lógicas de demonización y el rol del horror como disciplinamiento: “La desconfianza resultó ser uno de los modos más eficaces para clausurar las relaciones de reciprocidad y solidaridad [...] si no existe la posibilidad de confiar en el otro, pues solo queda hacer la mía” (Feierstein, 2009: 341).

El éxito de estos modelos de representación lo vemos activo en los discursos de nuestros entrevistados. Desde el uso acríptico del término “subversivo” hasta las consecuencias del desmembramiento social por el temor, las marcas del miedo y la salida individual como modo de vida comunitario y barrial se vincula con las marcas que continúan presentes atravesando el tiempo. La “salida individual” que moldea las relaciones vecinales en el Sector 32 (Bettanin, 2013) da cuenta de lo que plantea Feierstein: “La secuencia que va ligando el horror con la parálisis, esta con la desconfianza y, por último, la desconfianza con el encierro individual es una de las articulaciones fundamentales entre el

genocidio y las políticas económicas, sociales y culturales desarrolladas en los siguientes veinte años” (Feierstein, 2009: 342). Comprendemos, a partir de lo expuesto que es ineludible el vínculo entre vida cotidiana, marcas del terrorismo de Estado y experiencia comunitaria y consorcial.

6. Marcos sociales y testimonio

Si vinculamos los problemas que tienen que afrontar los residentes del CHS en términos de ciudadanía, “de segunda” “postergada”, pero que atenta directamente a los derechos de habitar dignamente la ciudad, podemos entender que aquello tiene repercusión en la palabra autorizada, en la voluntad de escucha por parte de la sociedad y, seguramente, en la credibilidad de lo ocurrido. Es decir, en aquellos marcos sociales que acompañan, habilitando o constriñendo, al testimonio como tal.

Indagamos las percepciones de los vecinos respecto de la dimensión pública de la experiencia que atravesaron. Nos interesó conocer de qué manera los entrevistados representan lo que nosotros entendemos como escasa difusión o instalación pública sobre el tema¹¹. Asimismo, apuntamos a identificar en forma conjunta aquellas instancias, si es que las hubieron, donde pudieron transmitir su experiencia. Indagamos en las oportunidades transmitieron lo vivido, si pudieron hablar del tema, con quiénes, dónde y en qué años.

En general, refieren que es la primera vez que alguien les solicita su palabra, que no hablaron del tema a no ser con su familia durante muchos años, que creen que la sociedad no sabe acerca de lo que fue la política de erradicación, de cómo llegaron al complejo urbano: “No, no. No se habló. No se habló (baja el tono de voz) eso fue lo más triste que nos pasó, porque nosotros veíamos que nos teníamos que ir porque para los que quedaron venían las topadoras” o “No, no. Creo que nadie sabe cómo nos trajeron al barrio. Nunca se habló de eso. ¡Si los camiones tapaban todo! Nadie podía ver.” Son expresiones que ilustran las percepciones respecto a la invisibilidad social del proceso recordado.

¹¹ Nos referimos a que fue poco visible la vinculación de estos maltratos con los delitos “legítimados” como de dictadura: desaparecidos, estudiantes de clase media, etc. Fueron pocas las representaciones sociales, artísticas que abordaron esta temática.

Como señalamos anteriormente, la condición de testigo se confirma mediante la afirmación: “Lo vimos nosotros”. Luego, los adjetivos que califican la experiencia como “triste y humillante” nos hablan de posibles marcas en las subjetividades de los residentes, que seguramente se pusieron en juego al momento de transmitir lo sucedido.

6.1. Los silencios sociales

Me parece que muy poco. Muy pocos conocen la historia esta. De la villa de entonces... muy poca. Fuimos sacados como animales. Pero la sociedad no creo que se enteró de nada, porque nos metieron en los camiones y chau. ¿Quién se enteraba que nos habían sacado así? Nadie. Porque la prensa ese año estaba restringida, (Alberto, residente sector 32, Soldati, 2010).

Un aspecto significativo es que los vecinos identifican las dificultades que tuvieron para denunciar lo sucedido con la censura que tuvo la prensa en el período de dictadura. La imposibilidad de contar con canales abiertos para transmitir y difundir los maltratos sufridos es percibida, desde el presente, como un punto de diferencia con el período democrático actual. Asimismo, se hace referencia a ciertas producciones artísticas, como las películas. Por ejemplo, una vecina comentó haber visto un documental sobre el tema. A pesar de no recordar su nombre, señaló su realización y divulgación como una “excepción”, respecto del tratamiento general sobre el tema.

Por otro lado, en relación con tornar públicos los recuerdos de la experiencia que analizamos, los vecinos identifican claramente las limitaciones impuestas como consecuencias del miedo, en especial del miedo a poder hablar. Algunos relatos dan cuenta de asumieron ser “cautelosos”, respecto a hablar de la ideología que tenían.

Indagamos sobre la ruptura de ese silencio construido con cautela, casi obligatorio por el momento represivo. Los recuerdos sobre las instancias en las cuales comenzaron a hablar en el espacio público sobre su experiencia revelan una diferencia sustancial con otros actores de la ciudad. Claramente la ruptura del silencio fue tardía, respecto de otros actores sociales que ya en los años

previos del derrocamiento del gobierno de facto estaban activos realizando denuncias internacionales, protestas, etc.

En muchos casos remiten a la década de los 90. Así, el silencio, que atravesó fuertemente los modos de relación de ese momento, se quiebra por primera vez luego de varios años de democracia en el país. Señalamos que ya se habían sucedido diversas e importantes iniciativas de reconstrucción de lo acontecido en la dictadura, desde la transición hacia la democracia, llevadas a cabo por otros sectores de la sociedad. Son indicadores de esto el accionar de la CONADEP, el Juicio a las Juntas, las conmemoraciones en los aniversarios del 24 de marzo, las diversas denuncias en instancias nacionales e internacionales, realizadas por los organismos de DDHH.

Indagamos acerca de la opinión y la posible participación en la iniciativa de Baldosas por la Memorias, que consiste en una acción vecinal caracterizada por señalar, con el nombre de la víctima asesinada o desaparecida por el terrorismo de Estado, un lugar del barrio donde vivió, trabajó o estudió. Esta práctica de memoria comienza en el marco del 30° aniversario del golpe de Estado en toda la ciudad, y particularmente en el barrio de Soldati. Constituye, a la vez, la primera acción colectiva de marcación del espacio público del conjunto urbano, vinculada con la memoria de la dictadura.

Entendemos que la marca territorial constituye un soporte para el trabajo subjetivo de memoria (Jelin y Langland, 2003) y, a la vez, nos posibilita el acercamiento a los modos de representar una experiencia pasada. Dentro de este proceso, las diversas iniciativas de inscripción del recuerdo colectivo en el paisaje urbano son producto y testimonio tanto del estado de debate y de la confrontación pública con el pasado como de la capacidad de los actores para imponer sus definiciones sobre este, donde a su vez se pueden advertir las relaciones de poder (Schindel, 2006).

Algunos residentes indicaron que sabían que se iba a realizar la colocación de una baldosa, pero que a último momento no pudieron ir. Otros, reconocieron que dejaron de “meterse” en ese “tipo de cosas”. La mayoría refirió que no conocía nada sobre el tema. Paralelamente, en boletines de la Comisión de Baldosas de Soldati, se registra el momento de señalización de las calles del

barrio con cierta participación de algunos vecinos. Relatan que hasta una vecina, desde su ventana, les habló de su hermano desaparecido y que organizaron con ella un nuevo encuentro en función de ampliar la información sobre la historia de vida de éste.

En este marco, consideramos que la iniciativa de las baldosas de algún modo los interpela en su condición de protagonistas de la lucha. Posiblemente, no solo por traer al presente la temática de los desaparecidos, sino porque esta acción de recordar se realiza de modo muy cercano a sus viviendas. Esto lo confirmamos en algunos momentos, cuando los vecinos, al ponerse a pensar en esto, reflexionaron acerca del trámite personal de los recuerdos y la instalación de su experiencia en espacios públicos.

Efectivamente, la cercanía territorial de la iniciativa Baldosas por la memoria los hace mirarse en su propio entorno barrial. En algunos casos, además, se vislumbra una identificación negativa con el CHS como sitio sin memoria, considerada “sin líder”, “sin historia”... Esto nos advierte acerca de la imposibilidad para satisfacer la necesidad de un recuerdo colectivo. Asimismo, la expresión de un vecino que señalaba el deseo y necesidad de ponerle el nombre de Carlos Mugica a una plaza dentro del CHS, y que afirmaba que “este barrio es la villa,” demuestra la densa identificación con la Villa 31, con sus referentes, con su historia.

En cambio, esta necesidad de reconocimiento público, vinculada a la memoria de este grupo social, no se presenta en los relatos de los vecinos ex residentes de la Villa 31 que no habían tenido participación política y/o social. Consideramos que la marca de la acción colectiva en la experiencia constituye la principal diferencia.

6.2. Relatos que traspasan generaciones

Ocuparse sobre las repercusiones de la historia personal en los hijos propios, detenerse en que “se sepa lo que pasó” son escenarios que nos hablan de la necesidad que se presenta en cada individuo a la hora de transmitir a otros las vivencias propias en calidad de legado. Aunque solo podemos hablar de transmisión cuando se logra la reactualización por parte de quien recibe ese

legado y, con ello, la posibilidad de poner ese contenido en un nuevo contexto —el que corresponde a su generación (Kaufman, 2006) —, identificamos una práctica y un especial interés por parte de los entrevistados en transmitirle a sus hijos la experiencia.

Expresiones tales como “yo siempre les hablo de la vida en la villa, para que valoren lo que tenemos”, “aunque para ellos sea lejano, yo les voy contando lo que era tener un proyecto, luchar por la vivienda”, “empezaron a hacerme preguntas cuando en el colegio les hablaban de la dictadura, y siempre se las respondí, les decía, nosotros también estuvimos en la lucha” dan cuenta de este interés.

A partir de lo que los entrevistados fueron relatando, fue el diálogo con los hijos y nietos el marco social más significativo a través del cual se transmitió lo que sucedió y se fijaron valores y sentidos. Los diálogos intergeneracionales constituyen un marco de sollicitación de la palabra, ya que el familiar interpela al sobreviviente/testigo/protagonista pidiéndole su relato de la historia, su versión acerca de lo sucedido.

Los vecinos relatan que de manera juiciosamente y muy cuidadosa fueron narrando la experiencia a sus hijos. “Cuando fueron grandes”, “para ponerlo en valores”, son algunas expresiones que permiten analizar que lo vivido quiso ser transmitido en el espacio doméstico a los hijos e, inclusive, a los nietos: “la abuela luchó por la vivienda”. Señalan que comentaban que iban a las marchas, que se organizaban, que compartían un proyecto. Indican que les gustaría que sus hijos también puedan apropiarse de un proyecto, elegir aquello que quieren hacer “con conciencia”. Señalan que ellos sí tienen libertad y que es bueno que puedan elegir que hacer.

Así, la experiencia de la lucha en la Villa es usada para fijar valores positivos y como prevención de los peligros que los vecinos identifican en el CHS. La transmisión de valores se asume como herramienta para el cuidado de sus hijos, como modo de enfrentar los peligros de la droga, la delincuencia, que amenazan la vida en el CHS y particularmente a los hijos, a los jóvenes.

Por otro lado, vimos que en algunas oportunidades, los residentes recurren al uso de otros soportes, además de la palabra, para transmitir la experiencia a sus hijos. Así, vimos las fotografías que atesoran de cuando vivían en la Villa. Una residente comentó que pone las fotos arriba de la mesa y ahí comienzan a hablar. En todo caso, lo que se desprende es que se representa al espacio familiar, privado como poco peligroso, cuando paralelamente todavía se mantienen precauciones y cuidados de hablar sobre el tema en otras instancias.

Consideraciones finales

La reconstrucción de la experiencia de las relocalizaciones a partir del análisis de los testimonios individuales de los actuales residentes del Sector 32 del CHS nos permitió dar cuenta de la dinámica pasado presente vigente en nuestra sociedad. La impronta del terrorismo de Estado aún mantiene efectos y aristas por explorar y seguir reflexionando colectivamente. En este sentido, el relato poco conocido de este grupo de vecinos constituye un aporte a la reconstrucción de la memoria colectiva.

Entre las principales dimensiones que habilitaron la diversidad de los relatos referidos, nos encontramos con los años previos a habitar el CHS, la valoración sobre la vida en la Villa 31 y sobre la lucha por la vivienda digna, el recuerdo del sacerdote Carlos Mugica, los primeros años del CHS y el golpe de Estado. También analizamos los marcos sociales que los interpelaron para transmitir la experiencia en el espacio público y privado.

Respecto de la impronta de habitar en propiedad horizontal y en un gran conjunto urbano, dimos cuenta de las marcas de la política represiva en la dinámica del espacio consorcial y comunitario. Asimismo, consideramos que la sociabilidad en el CHS es conflictiva, como señalamos, por el deterioro social y los altos niveles de violencia. En ese sentido, trazamos vínculos con los modos del recuerdo colectivo. Identificamos una idealización de los años habitados en la villa y en torno a la lucha por la vivienda propia. También en los espacios de transmisión de la experiencia a los hijos, estos vecinos advierten la necesidad

de proteger, guiar, fijar algún sentido y valores en la vida de sus hijos, entre otras cuestiones, por los peligros a los que están expuestos en su entorno cotidiano.

En general, observamos diferencias con respecto a los modos de recordar entre los vecinos que vinieron de la Villa 31 y, dentro de este grupo, entre aquellos que tuvieron participación política y los que no. Sobre los primeros, podemos decir que su recuerdo marcó a fuego las maneras de concebir su vivienda propia. Entre sus concepciones y valoraciones encontramos el compromiso con el cuidado de su vivienda y del barrio, así como de relacionarse entre los vecinos para lograr una convivencia armoniosa o deseable.

Respecto de los recuerdos de los traslados y de los años de la dictadura, son estos vecinos los que señalan con mayor fuerza la lucha por la vivienda propia, y luego la resistencia a los modos de tratamiento por parte del ejército en los momentos de los traslados.

Es muy sugerente como a partir del golpe de Estado identifican el miedo, el repliegue a la vida familiar, es decir, los cambios en las maneras cotidianas de relacionarse con los vecinos. Nos referimos a aquellas expresiones de alteración del intercambio entre vecinos que calificamos, siguiendo a Lechner (1985), como privatización de la experiencia. A estas percepciones se le suman la identificación de la alteración de un proyecto colectivo a partir del asesinato del sacerdote Carlos Mugica, unos años previos al golpe de Estado. Ese es el punto de inflexión para el comienzo de la destrucción de un proyecto, la falta de un líder, desde sus significaciones.

Todos los elementos que habían sido parte de su vida comunitaria en la Villa 31 y que habían producido un tipo específico de sociabilidad entre los vecinos —aquella que no dudan en definir como colaborativa, solidaria, de entrega personal y, en especial, articulada con otros sectores de la sociedad: artistas, referentes políticos, religiosos y las organizaciones juveniles— se vieron alterados. Luego, el golpe les traería, como ya señalamos, cambios en la vida privada y social: la aparición del miedo y la parálisis, el silenciamiento como modo de supervivencia.

De ese modo, los vecinos que habían participado políticamente son los que refieren claramente que resignificaron la lucha “anterior” al contexto del CHS, a partir de su relocalización. Como vimos, señalan diversas actividades solidarias y comunitarias como la ayuda en la cooperadora de la escuela, la organización para petitionar por mayor seguridad a partir del aumento de la violencia urbana en el CHS, una actitud activa en la organización de los consorcios. Son las actividades que identifican que contienen un compromiso similar a las aprendidas en la villa y a la lucha junto al sacerdote Carlos Mugica.

Respecto del grupo de vecinos provenientes de la Villa 31 que se identifica sin participación política, aunque sabían del trabajo del padre Mugica y de las organizaciones de la Villa 31 (en sus palabras, que iban “de casa al trabajo y del trabajo a casa”), podemos decir que sus expresiones permiten vislumbrar diversos sentidos al momento de recordar la experiencia, a veces encontrados. Las diferentes identificaciones parten de relativizar los niveles represivos de los traslados, aplicar mecanismos de inversión de la culpa en torno a la figura del desaparecido y otras modalidades represivas: el uso del término “subversivo” y la expresión propia del imaginario social dominante de la época, “el que no se metía no tenía problemas”¹².

Por otro lado, pudimos observar que han sido escasos o casi inexistentes otros marcos desde los cuales se hubiese accedido a conocer su historia en el espacio público. Esto nos permite profundizar en la relación entre testimonio y condiciones sociales habilitantes para el mismo y dimos cuenta que en esa relación la condición de ex villeros, vueltos residente de un conjunto de vivienda social posiblemente haya jugado en detrimento de sus legitimidades. Son, de este modo, sujetos que conviven día a día con la sospecha sobre ellos, con los límites demarcados que los hacen sentir menos ciudadanos, para quienes el acceso a la ciudad queda supeditado a sus reales posibilidades cotidianas, condicionada por los procesos de segregación.

¹² Entre los discursos dominantes que imponía la dictadura militar circuló con fuerza y se impuso como imaginario social el “no te metas”, “algo habrán hecho”, “por algo será”, respecto de las causas de las desapariciones, torturas, asesinatos. Esto permitió justificar la metodología represiva y continúa circulando en la actualidad.

En este marco, la iniciativa Baldosas por la Memoria, aunque es tardía en comparación con otras prácticas de memoria sobre el terrorismo de Estado que se generan en otros lugares de la ciudad, interpela a los vecinos en su calidad de testigos y/o protagonistas de la historia evocada. Más allá de su participación o no, esta iniciativa territorializada, cercana, local, los insta a reflexionar sobre la necesidad o no de marcar el espacio común del conjunto urbano.

Las reflexiones en torno a esta cuestión, dan cuenta de la tensión que aún está vigente para poder apropiarse del espacio del CHS: “Este barrio es la villa”, o la práctica que mantienen en la Villa 31 para recordar al sacerdote Carlos Mugica todos los aniversarios de su asesinato son indicadores de esto.

Vinculado a lo anterior, a lo largo del artículo quedó en evidencia que la gran mayoría de los entrevistados nunca había hablado del tema en otro espacio que no sea su hogar. Ellos coinciden en que no es una historia que se conozca socialmente. La transmisión de la experiencia personal se realizó principalmente en el ámbito privado, en especial a los hijos y/o nietos, constituyendo más un relato familiar que un testimonio de carácter público.

Por todo lo expuesto, advertimos en la necesidad de continuar la vinculación entre los estudios urbanos y el campo de la memoria colectiva y, específicamente, la indagación acerca de la apropiación del espacio y las experiencias traumáticas.

Bibliografía

- Coffey, A. y P. Atkinson (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos*, Colombia, Universidad Nacional de Antioquia.
- Giglia, A. (1996): La democracia en la vida cotidiana. Dos casos de gestión de condominios en la ciudad de México Alteridades, Vol. 6, Núm. 11, sin mes, 1996, PP. 75-85, Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa, México, 1996.
- Herzer, H. (comp.) (2011): Barrios al Sur. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Jelin, E. y Langland, V. (comps.) (2003): *Monumentos, memoriales y marcas Territoriales*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kaufman S., (2006): “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”, en *Subjetividades y Figuras de la Memoria*, Jelin, E. y Kaufman, S. (comps.). Siglo XXI editores. Buenos Aires.

- Kaztman, R. (2001): *Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos*, Revista de la Cepal N° 75, 2001.
- Kordon, D. y Edelman, L. (2005): *Efectos Psicológicos y Psicosociales de la Represión Política y la Impunidad*. Madres de Plaza de Mayo. Buenos Aires.
- Meo, A y Navarro, A. (2009). *La Voz de los Otros*. Buenos Aires: Omicron.
- Piovani, Juan (2007) "El diseño de la investigación", en Marradi, Alberto, Archenti, Nélide y Piovani, Juan, *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Pollak, M. (2002): *Memoria, olvido y silencio, la producción social de identidades frente a situaciones límites*, Ediciones al Margen. La Plata.
- Ratier, H. (1972): *Villeros y villas miserias*. Centro Editor América Latina. Buenos Aires.
- Sassen, S. (1998): "Las Ciudades en la economía global" en Rojas, E. y Daughters, R.: *La ciudad en el siglo XXI, La ciudad en el siglo XXI. Experiencia exitosa en gestión del desarrollo urbano en América Latina*. Banco Interamericano de Desarrollo. Washington, PP. 21-30.
- Sautu, R. (2003). *Todo es Teoría*, Buenos Aires: Lumiere.
- Schindel, E. (2006). "Las pequeñas memorias y el paisaje cotidiano: cartografías del recuerdo en Buenos Aires y Berlín", en Cecilia Macón (coord): *Trabajos de la Memoria. Arte y ciudad en la pos-dictadura argentina*. Buenos Aires: Ladosur.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1986). *Introducción a los métodos cualitativos*. México: Editorial Paidós.
- Todorov, T. (2003): *Los abusos de la memoria*. Paidós. Barcelona.
- Yujnovsky, O. (1984): *Claves políticas del problema habitacional argentino, 1955-1981*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Ziccardi, A. (1984): "El tercer gobierno Peronista y las villas miseria", en *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLVI/ Vol. XLV/N°1, México, 1984. PP. 145 a 172.

Publicaciones en diarios y revistas

- Un techo para cada uno en el país de todos* (8-02- 1975). *Mundo Israelita*, p.9.
- La Villa 31 recordó con gran emoción al Padre Mugica*. (10-10- 2009). Recuperado el 26 de julio de 2010 de <http://www.lanacion.com.ar/1185083-la-villa-31-recordo-con-emocion-al-padre-mugica>.
- El acampe villero en el obelisco en su segunda semana* (01-05-2014). Recuperado el 11 de abril de 2015 de <http://www.vecinosycomunas.com.ar/el-acampe-villero-en-el-obelisco-en-su-segunda-semana/>
- Una carpa, varios reclamos* (07-2014). Recuperado el 11 de abril de 2015 de: <http://elbarriopueyrredon.com.ar/old/notas/ano-2014/julio-nota-carpa-villera.php>
- La población de las villas creció un 52,3% entre 2001 y 2010 (06-01-2014). Recuperado 11 de abril de 2015 de <http://www.lanacion.com.ar/1653114-la-poblacion-de-las-villas-crecio-un-523-entre-2001-y-2010>